

Interculturalidad, cultura y racismo

(Juan Ansion)

La interculturalidad como realidad de hecho

Existe cierta confusión sobre el concepto de interculturalidad. Una mirada demasiado idealista o romántica nos lleva usualmente a entenderla como un diálogo ideal proyectado en un futuro al parecer inalcanzable. Sin embargo, cualquier proyecto intercultural se construye sobre la base de relaciones culturales existentes que, siendo conflictivas y no equitativas, suponen relaciones de aprendizaje mutuo.

Se parte, entonces de una interculturalidad de hecho. En ese sentido, a primera vista, la interculturalidad es la relación **entre culturas**, pero decirlo de ese modo constituye en realidad un atajo, un abuso de lenguaje. Mejor sería decir que la interculturalidad es la relación **entre gente** que, proviniendo de tradiciones culturales diferentes, se encuentra compartiendo espacios sociales comunes y que, por esa situación, se influyen mutuamente. Las culturas no son sujetos, solamente existen como expresión de grupos humanos. Al decir que las culturas no se relacionan entre sí como si fueran entidades independientes de los seres humanos, alejamos el riesgo de la esencializar la cultura. El encuentro entre culturas no se asemeja al encuentro entre entes corpóreos en el sentido que lo podrían dar a entender las ambiguas nociones de “mestizaje cultural” o de “hibridación cultural”.

En América Latina, se ha hablado mucho de mestizaje cultural para dar cuenta de la compleja realidad del encuentro entre grupos humanos con historias culturales diferentes, pero esta imagen, si bien tiene la ventaja de aludir a la doble fuente cultural que nutre a las personas, tiene muchas desventajas. Como toda metáfora, se refiere solamente a una parte de la realidad, pero se la trata como si fuera la realidad misma. Y por ello, el llamado “mestizaje cultural” es tratado como si fuera una realidad igual a la biológica. La cultura es entonces tratada como si tuviera las características de un organismo biológico, con su autonomía y espacio propios. El uso de esta metáfora conduce entonces fácilmente a percibir la cultura como esencia. Y su enorme desventaja es que tiende a asimilar una cultura con un órgano biológico que es de una naturaleza muy distinta, lo que conduce a percibir la cultura como una “esencia”¹ y nos da la equivocada sensación de conocer un fenómeno que es muy complejo y muy diferente del encuentro entre dos cuerpos físicos. La noción ha sido, además, frecuentemente utilizada para ocultar las relaciones conflictivas propias del encuentro que, supuestamente, produce entonces una gran “simbiosis” – otra metáfora proveniente de la biología – que constituiría una nueva realidad armoniosa. Es, al parecer, para evitar esta última connotación del término de mestizaje que se ha ido desarrollando posteriormente la metáfora alternativa de “hibridación cultural”. Pero este término cae bajo la misma crítica que el anterior y es aún más desacertado si se toma en consideración que un híbrido no se reproduce.

¹ Esta crítica se inspira en el agudo artículo de Fuenzalida (1992) sobre el tema.

Por ello, el término que mejor da cuenta de la relación compleja entre gente proveniente de ámbitos culturales diferentes nos parece ser, por el momento, el de interculturalidad. Pero aquí también tenemos que andar con mucho cuidado. El hecho de que la interculturalidad se entienda comúnmente en el sentido de algo deseable, como un proyecto, es algo válido, pero también puede ser una trampa si no nos detenemos previamente a mirar la realidad empírica tal como se da. Una mirada exclusivamente centrada en el futuro, en efecto, podría conducirnos hacia una visión moralizante de las cosas que nos haría soñar en una sociedad ideal sin darnos los instrumentos que necesitamos para mejorar la que tenemos hoy en día; en una visión de relaciones soñadas tan perfectas y armoniosas que no percibe las relaciones interculturales ya existentes en nuestro mundo. Dicho de otro modo, para generar un proyecto intercultural sobre bases sólidas, debemos tomar como punto de partida la interculturalidad de hecho, la que existe en nuestra realidad, aun cuando esta sea el producto de relaciones violentas e injustas.

La cultura

Entendemos aquí la cultura como un proceso histórico dinámico, que hace que un grupo humano va construyendo y reconstruyendo su manera de apropiarse el mundo y de transformarlo, produciendo modos de ser y significados en respuesta a los múltiples retos en los que se encuentra. Ahora bien, ningún grupo está solo en el mundo. En la historia se han ido produciendo constantes encuentros e influencias mutuas entre grupos con historias y culturas diferentes. Estos encuentros generalmente no son fáciles: la historia humana está llena de sonidos de batallas, de risas de vencedores y gritos trágicos de vencidos. Así, los encuentros suelen ser también desencuentros. Esta constatación es primera. Por eso, no debe confundirse la interculturalidad como encuentro no conflictivo – pues todo encuentro entre diferentes lo es en proporciones mayores o menores – ni obviar el hecho de que el conflicto muchas veces ha sido violento y ha producido situaciones injustas, de opresión y explotación².

El concepto de interculturalidad entendido en su sentido descriptivo, como realidad de hecho, nos ayuda así a ver que, independientemente del carácter conflictivo, violento e injusto de la relación, cuando se encuentran grupos de orígenes culturales distintos **produce aprendizaje** – y aprendizaje de ambas partes. Las tecnologías se difunden y se mejoran (y la tecnologías bélicas no están entre las menores), las ideas y los relatos circulan y se vuelven a tejer, y hasta las visiones del mundo de unos y otros se influyen y se transforman.

Si lo pensamos bien, cualquier cultura es el producto de un largo proceso de incorporación de influencias externas, proceso en el que de vez en cuando se inventa algo realmente nuevo. Por ello, en el conocimiento de una cultura determinada, de sus modos de hacer las cosas, resulta de particular importancia fijarnos en el **modo de incorporar influencias externas**.

² En la relación intercultural deseable el conflicto no desaparece, sino se procesa de otro modo. En particular se busca crear condiciones para el reconocimiento mutuo y para la creación de relaciones más equitativas entre los grupos.

Precisando el sentido de la interculturalidad

El hablar de interculturalidad como realidad fáctica, es centrarnos en primer lugar en los modos en que se producen estas incorporaciones mutuas, pero hay algo más. Si reconocemos que cualquier cultura es el producto, entre otras cosas, de una larga historia de intercambios, el concepto de interculturalidad llegaría prácticamente a identificarse con el de cultura y por tanto se volvería inútil y redundante. Por ello proponemos reservarlo para señalar situaciones de influencias mutuas particulares: aquellas en las que grupos culturalmente diferentes se ven obligados por las circunstancias a **convivir, a compartir espacios geográficos y sociales comunes de modo cotidiano, permanente, duradero, intensivo**. Esta situación se ha dado, por ejemplo, en la España de moros, cristianos y judíos y se dio, de modo mucho más general, en las sociedades del Mediterráneo. También se daba en los Andes prehispánicos y siguió dándose, en un contexto ciertamente muy distinto, luego de la invasión española. Basta mirar los grandes cambios actuales producidos por las migraciones internacionales masivas para constatar que el mundo se está volviendo, en ese sentido, cada vez más intercultural.

Una situación de interculturalidad es siempre compleja y la manera cómo se tratan los conflictos puede ser muy diversa. No corresponde precisamente a una situación de tranquilidad y completa armonía, sino más bien a una vida en medio de muchas tensiones e injusticias que, sin embargo, también abre muchas posibilidades de enriquecimiento mutuo, aun cuando éste no sea fácilmente asumido y reconocido. En una situación así, en efecto, el aprendizaje no es sólo de quienes se encuentran en la situación más desventajosa o en situación de subordinación, sino también de quienes comparten la cultura de prestigio. Pensemos, por ejemplo, cuántos niños latinoamericanos fueron criados desde el pecho por una madre sustituto indígena o afrodescendiente. ¿Acaso no han sido influenciados por la cultura de la mujer en brazos de la cual se criaron? Sin embargo esta parte de la herencia cultural latinoamericana no es fácilmente reconocida y esta represión inconsciente es sin duda una fuente de discriminación y de racismo en el subcontinente.

Lo intercultural y el racismo

El debate sobre interculturalidad está profundamente marcado el racismo, esto es por la realidad de discriminación étnica y cultural. El racismo en el Perú tiene profundas raíces. La invasión de los Andes por los conquistadores españoles no sólo fue una empresa militar, política y económica, también fue una empresa de afirmación de la superioridad de una civilización y de una "raza". La lucha contra los sarracenos y la reciente afirmación de la raza blanca tuvieron un impacto directo en la manera de colonizar América (véase Choy 1958 y Manrique 1993).

Pese a profundos cambios en los últimos decenios, el Perú sigue arrastrando la pesada herencia colonial de negación de reconocimiento a una gran parte de la población. Pero el racismo en el Perú no implica segregación en el sentido del *apartheid*. Es mucho más sutil y, a la vez, no menos real. El racismo no es reconocido, es más bien un racismo de sensibilidades que brota ocasionalmente en los insultos y se mantiene en los prejuicios, los temores, los aires de superioridad. Son muchas las razones por las que la sociedad peruana

sigue reproduciendo este tipo de discriminación. Hace falta ventilar el tema, debatirlo, examinarlo colectivamente para identificar lo que nos sigue atando a estos prejuicios.

Hace falta, en particular, entender por qué se mantiene la discriminación del mundo criollo con respecto al andino. Aquí, llama la atención una profunda ambigüedad que proviene del hecho de que la gran mayoría de peruanos han recibido por algún lado (o por múltiples lados) una influencia andina que no reconocen fácilmente. La discriminación, en esos casos, provendría de estas influencias culturales no asumidas, o incluso rechazadas, inhibidas, que se desprecian al verse objetivadas en personas que las representan. Por eso una gran pista por trabajar, es la del reconocimiento en uno mismo de las múltiples influencias culturales heredadas. Para quienes, en el Perú, se creen “libres” de estas influencias, que piensen en la chica que los crió o en la empleada del hogar que codean diariamente. Por eso, entre los mundos “criollo” y “andino” existe en el Perú una verdadera interculturalidad de hecho, en el sentido de una convivencia cotidiana e influencias mutuas, incluso desde la cultura de más prestigio hacia la otra. El problema es que las influencias culturales que provienen de las culturas discriminadas no son fácilmente reconocidas.

Con el mundo amazónico, la relación tal vez debería pensarse de modo distinto. Por las razones históricas conocidas, los pueblos amazónicos se mantuvieron mucho más separados y, por ende, las influencias culturales mutuas fueron menores. Al existir un menor desarrollo histórico de relaciones interculturales entre muchos pueblos amazónicos y el resto de la población peruana, un proyecto intercultural tendría características propias: siempre habrá que vencer prejuicios y estereotipos, pero las resistencias no provendrían de un esfuerzo inconsciente por mantener invisibles los rasgos propios encontrados en el otro, sino más bien por el sentimiento de profunda alteridad frente a aquellos “otros” que no parecen del todo humanos, que pertenecen al mundo “salvaje”, con toda la ambigüedad que tiene este otro a la vez atractivo (por su asociación con la naturaleza primigenia) y amenazador (por el desorden que para nosotros representa lo salvaje).

Callirgos, Juan Carlos (2006). Percepciones y discursos sobre etnicidad y racismo : aportes para la educación intercultural bilingüe. Lima: CARE Perú.

Choy, Emilio (1958). De Santiago Matamoros a Santiago mata-indios. *Revista del Museo Nacional*. Tomo 27. Pp. 195-272.

Manrique, Nelson (1993). Vinieron los sarracenos: el universo mental de la conquista de América. Lima : DESCO.